

*El llanto ahogó la voz del afligidísimo anciano. Blas contempló a su padre por un momento; llevose la mano a la frente, y como iluminado por una idea exclamó:*

*—Padre, espere un poco; ya vuelvo. —Y se alejó ligerísimo.*

*No tardó en volver; y dando la mano a su padre para ayudarle a levantar, dijo con resolución:*

*—¡Padre; vamos a casa!*

*—¿Qué es eso, Blas? ¿No me admiten en el Asilo?... ¿Han cerrado*

*yá?...*

*—No sé si está cerrado o abierto, padre. Lo que le digo y le prometo es, que sus puertas estarán cerradas para usted mientras yo viva. Esa piedra donde descansó mi abuelo, y donde se ha sentado usted, es para mí una lección saludable. Ya me comprende... Ahora, a casa; el auto está esperando.*

*Desde aquel día volvió a renacer la paz, el amor y la tranquilidad en aquella familia. Blas y Julia trataron de adelantar al anciano con todo el cariño*

*y ternura de verdaderos hijos. Los niños, siguiendo el ejemplo de sus padres, volvieron a prodigar mimos y caricias al abuelito; y Merceditas no cabía en sí de gozo, viéndolo querido de todos.*

*Cuando, durante el paseo, pasaban frente al Asilo, solía decir Blas a su esposa, señalando el pozo:*

*—¡Julia! ese asiento nos ha librado de sufrir un día la pena del talión...*

EL SOLITARIO.

## ¡¡¡YA NO HAY NIÑOS!!!

**A**SI clamaba aquel enamorado cantor de las aguas y de las flores, aquel dulcísimo cantor de las aves y de los niños, con este grito que desgarró el alma. El que tiene sus delicias en ver jugar a un niño y se entretenía en el Prado observando sus diversiones y comparándolos con ramilletes de rosas recién cortadas; él que se alegraba con la alegría de los niños, y se entristecía doblemente cuando estaba triste; Selgas que antes había dicho, que una casa sin niños, es como un tiesto sin flores; que lo más bello de la hermosura de una mujer son sus hijos, y que los niños son el lazo que existe entre el Cielo y la Tierra, y el único, acaso, que los hombres no pueden romper, ahora con los ojos cubiertas de lágrimas y el corazón partido, tiene que exclamar desconsolado: ¡¡ya no hay niños!! Y yo que tengo mis delicias en conversar con un niño, y que por nada de este mundo trocaría un rato de charla con él; yo que no encuentro en la tierra, ni franqueza, ni fé, ni lealtad en los hombres, pues que todos, sin excepción, al cabo te destrozan el corazón y te engañan, y el niño es el único que no acierta a engañar y hacerte daño, yo en fin que no puedo resistir a las miradas, y a las sonrisas, o a los gemidos y a las lágrimas de un niño, me veo precisado a repetir aquel triste lamento y con llanto en los ojos exclamar ¡¡ya no hay niños!! No hay niños; a más temprana edad que antes dejan hoy de serlo; niños que antes llegaban a la edad de diez y ocho años, y que hoy no rebasan los límites de los siete. Si el dulcísimo Selgas volviese a la tierra, moriríase de pena y dolor al no encontrar con quien hablar y llegar a comprenderse, porque no hay niños.

No los hay en verdad te lo dicen las propias madres en sus continuados y estériles lamentos; los Ministros del Señor en su angustiado corazón. Me lo dicen las calles, las plazas, el teatro y el cine y toda clase de diversiones

que hoy entretienen a los hombres me lo dicen también, y yo lo veo, y todos conmigo, las escuelas laicas o ateas, que matan de raíz tantas flores tempranas, tantos capullos sin terminar de abrirse; que apartan tantas y tan bellas flores y las estrujan con sus manos asquerosas e inmundas.

Yo busco por todas partes los niños, y no los encuentro. Y me entro por el recinto de las casas de familia, y ya no encuentro aquellos angelitos, ensueño de sus padres, locura de las madres y alegría de la casa toda; aquellos niños que antes al despertar el día dirigían las oraciones de la mañana, y oraban arrodillados junto a la madre que a rezar les enseñaba y que con ellos rezar solía; aquellos niños que con sus manos inocentes rogaban al corazón de Dios todas las gracias. Ahora muchas casas de familia son tiestos sin flores, no hay niños porque hay malvados que no quieren tenerlos y donde los hay... ¡ay! que los ojos de los niños aptos solamente para ver cosas bellas, para contemplar cosas de cielo, cosas divinas, han visto cosas de la tierra y ya no se atreven a mirar al cielo; que los oídos de los niños aptos para escuchar armonías de otra tierra, palabras de angel y plegarias de querubes, se han cerrado al contacto de polvo vil que les impide abrirlos para oír cosas mejores.

Yo los busco después entre esos que se acercan por vez primera al Santo Altar, y ¡¡ay!! que muchos llevan sus almas sucias ya por el vicio, corrompidas por el pecado. Esos niños que van vestidos de blanco y que debieran ser ángeles por su edad temprana, tienen sus alas enlodadas por el fango de la culpa, las tienen muy pesadas, no pueden volar, son ángeles con alas caídas. Miro sus ojitos que estrellas semejar debieran y no tienen brillo, que engañan; esos labios, esas boquitas de coral que sólo debieran pronunciar palabras tiernas, dulces, de amor, de pureza, palabras divinas, perdieron ya su color, al pasar por ellos

la tosquedad de una palabra, tal vez fea, tal vez muy mala. ¡¡Ah!! y esas niñas, angeles con cuerpos humanos encanto y embeleso del humano corazón, no bien han aprendido a rezar al Señor y a besar a su madre, cuando ya saben todos los escondites y refinamientos de la coquetería saben ya todo lo que contribuir puede al adorno de su rostro de mujer; y así pierden el encanto, y así pierden su candor, pues de niñas quieren parecer mayores... No encuentro pues niños entre esos que se acercan al Altar. Dirijo luego una mirada curiosa escudriñadora y vigilante a esos niños que pasan por la calle, que por ella bajan, y que en ella viven. ¿Los encontraré aquí? No me contestéis. Ahí no pueden encontrarse, pues la calle está ocupada por rugientes fieras que los despedazarán entre sus garras y acerradas uñas.—Yo los veo sucios, desarrapados, escualidos, de cuerpo enfermizo, y en el alma con tremendas heridas, y sufriendo de lleno el ataque de enemigos rabiosos que buscan darles muerte. Son mal educados, atrevidos, descarados, nada respetan, nada bueno tal vez conocen. Y en la calle la vida pasan, porque la madre los descuida, cuando no los abandona; allí pierden la salud porque los padres, parece, nada les interesan, y en la calle pasan el día, ¡porque alborotan la casa! ¡¡porque nada pueden respetar!! ¡¡¡porque siempre estorban!!! Qué decís madres? ¿qué palabras son esas que han pronunciado vuestros labios? ¿Los hijos os estorban? ¡¡Cómo!! os unisteis en el santo vínculo del matrimonio para llevar hijos al cielo y los hijos os estorban? ¿habéis traído a este mundo, hijos que debéis hacer hombres y los teneis abandonados; son los hijos la alegría de la casa, el tesoro de una madre, ídolos de su corazón, pedazos de sus entrañas, objeto de sus ensueños, fin de sus amores y los dejais en la calle porque os estorban?... No os daré yo ese nombre santo y dulcísimo de madre, porque no es madre la que

llega, desventurada, a pronunciar esas palabras. ¡¡Ay!! y estos hijos de la calle dejan de ser niños, no bien han fijado por vez primera en ella su planta. No viven al influjo del amor de la madre que es la vida del hijo; sus ojos que son tiernos y que perciben y fijan con tanta facilidad lo que ven, nada bueno observan; no se presenta a sus ojos otro espectáculo que, indecencias, suciedad y honda corrupción; ven hombres perversos, pecados sin cuento, maldades sin castigo, ejemplos que los arrastran y derriban en tierra; sus oídos no escuchan más que palabras lujuriosas, historias inmorales y mil cosas llenas de veneno, preñadas de ponzoña, y sus almas quedan presas del mal, manchadas pronto con tanta inmundicia...

Pero yo no quiero contemplar cuadro semejante. Cada vez que veo a esos niños correr por las calles durante el día, mi alma se llena de amargura, a mis ojos acuden presurosas las lágrimas, y me causa honda tristeza la vista de desgracia tanta. Yo desearía meterlos a todos dentro de mi alma para librarlos de ese tigre formidable del escándalo, de esos lobos carniceros, los malos ejemplos. Yo quisiera encerrarlos a todos en lo más oculto de mi pecho, para librarlos de los repetidos asaltos del cruel enemigo, y darles vida de cariño, vida de amor regenerador y vivificante.

Yo quisiera... pero... en vano. No hay refugio más seguro que el abierto corazón de Jesús el Divino Maestro que con acentos de amor sin igual exclama: "Dejad que los niños se acerquen a Mí".

Y en mi tristeza, y en mis lamentos sigo acordándome de mi primer grito ¡¡ya no hay niños!! Me lo dicen esos tribunales de la Infancia; me lo dicen a gritos esos Reformatorios, donde tantos niños se encuentran "usureros a los veinticinco años, decrépitos que no han cumplido treinta, libertinos que no llegaron a los quince, almas heladas en medio de la primavera de la vida, jóvenes con todos los vicios de la vejez y ninguna de las virtudes de la juventud", como amargamente se quejaba el mismo Selgas.

No hay niños. Y ellos no tienen la culpa, y ellos no la pueden tener. Son los padres, son los escandalosos son las instituciones sin Dios, los que sobre sus hombros debían cargar las miserias

que los hijos llevan, y las venganzas que los hijos pagan. Mirad a una madre. Apenas suena en sus oídos el nombre de alguna enfermedad contagiosa, no bien sabe que una dolencia cualquiera comienza a propagarse; ella anda solícita, quisiera esconder al hijo dentro de sus entrañas, quisiera que respirase tan sólo su aliento; y lo llevará lejos de todo peligro para evitar que el hijo contraiga la enfermedad. No dormirá; no descansará, mientras vea al hijo en peligro. Pero ¡ah! que en su misma calle se abre una casa de juego, una escuela de baile, se establece una casa de prostitución... y los padres, no se conmueven, siguen tan despreocupados, como si esas cosas no les llamasen la atención. Para estos padres, vale más la salud de los cuerpos que la misma vida del alma; no quieren sus cuerpos afeados por la enfermedad, y no les espanta ver el alma del niño no tan sólo afeada y sucia, sino herida, ni tan siquiera perdida.

Y los escandalosos... no tienen vergüenza ni pudor al cometer en presencia de estas criaturas un pecado, al proferir una palabra, y con esa palabra y con ese pecado, ¡¡han matado un alma inocente, violaron una alma virgen, ensuciaron la habitación del Divino Espíritu, y cometieron un crimen cobarde matando a un ser indefenso!!!

Y las escuelas ¡¡ah!! las escuelas láicas o ateas, estos nombres me horrorizan, estas palabras ponen espanto en mi ánimo, por los innumerables atropellos que a diario en ellas se cometen, por la inhumanidad cruel que allí se despliega, devorando tantos niños, agostando tanta inocencia. Yo os abomino y os profesaré un odio profundo, os maldeciré mientras un soplo de vida haya en mí, os reprobaré mientras tenga fuerza para gritar, mi mano para escribir y mi alma toda para odiaros, porque robáis a Dios tantas almas sobre quienes tan sólo El tiene derecho, tantas almas que son suyas, que para Sí las crió; porque cometéis también esos crímenes con el hombre, degradándolo, y dándole muerte de la manera más vil y cobarde.

Sí, la escuela láica, es criminal y es cobarde. Criminal porque mata a su gusto infinidad de almas, infinidad de hombres; cría en la sociedad un semillero de escoria y de abominación que la corroe; abre a la sociedad un abismo profundo y la prepara a una ruina inevitable; y luego es cobarde, porque hiere y mata seres que no pueden defenderse y esto fué siempre palpable y repugnante cobardía. Que corrompa a personas mayores, siempre será un crimen y una ofensa, pero al fin ellos pueden defenderse pueden esquivar sus golpes y ocultarse a su furor; pero el matar niños que

ningun medio tienen de defensa, que no pueden de manera alguna ponerse en salvo, eso... vaya, sencillamente es gran bestialidad, "olvidáronse de que eran hombres y se portaron como fieras".

¿Y por qué los matan, si los niños a todos quieren a todos aman, si los niños a nadie aborrecen y quieren mal, fuera de la tristeza? Si los niños serán los hombres de mañana, si ellos son hombres como todos los demás, con más derecho tal vez porque son débiles y nada pueden? Si los niños alegrian la tierra, consuelan el corazón y alivian los pesares?

Hombres locos y soberbios quisieron hacer guerra al mismo Dios, y El los humilla en su soberbia y los tiene bajo su robusto brazo. Ellos quieren hacer guerra a Dios, y se vuelven contra estas criaturas, imágenes de Dios, que lo llevan en sus almas, y tratan de arrojarlo de este trono, contra ellos dirigen sus ataques y furor ya que a Dios no pueden hacer directa guerra. Maldición sempiterna a estos hombres perversos, odio profundo a estas instituciones diabólicas, enemigas de Dios, del hombre y de la Humanidad entera.

.....

Todo en el mundo se ha confabulado para perseguir al niño, y en medio de las caricias que le prodigan, le arañan, hieren y le dan muerte y yo... triste y apenado que quisiera ponerlos en salvo y muy lejos de esa persecución, nada puedo; voy a terminar mis lamentaciones con el sentimiento de no poder cambiar el tono a mis gemidos. ¡¡Yá no hay niños!! y los hombres me ergañan y llenan mi corazón de amargura y sinsabor, de pena y de tristeza.

SERAFIN ESCOLANO

Manila—Diciembre.

Donde quiera que viaje Vd  
Las Maletas y Baules  
**RIU**  
Ofrecen Comodidad y Seguridad.  
EL ESTABLECIMIENTO NELON SUITDO EN  
GUARNICIONES  
MONTURAS  
POLAINAS  
LATICOS  
PORTFOLIOS  
CINTURONES  
CARTERAS  
PORTAMONEDAS  
Catálogo  
Gratis  
**RIU HERMANOS**  
ESCOLTA 151-153 MANILA, P.I.

ANUNCIESE  
en  
**ESTUDIO**

FLUROSCOPY ESTEREOSCOPY  
**X DR. SALINAS ROENTGEN LABORATORY X**  
311 CABILDO, W.C.  
PHONE 3796  
RADIOGRAPHY TREATMENT